

T H E S A V R V S

BOLETIN

DEL INSTITUTO CARO Y CUERVO

Tomo XXII

Enero-Abril 1967

NÚMERO 1

LA -R FINAL DEL ESPAÑOL MEXICANO Y EL SUSTRATO NAHUA

En 1896, Charles Carroll Marden advirtió que la -r final [de palabra] solía ensordecerse en el español hablado en la ciudad de México [r̥], y consideraba que ese fenómeno era resultado del proceso de *debilitamiento* de la -r final propio del español general¹. Pero no hacía ninguna referencia a la pluralidad de vibraciones que hoy puede apreciarse en la articulación mexicana de la -r implosiva.

Bastantes años después, Aurelio M. Espinosa observaba que en el español de Nuevo Méjico la -r final se pronunciaba “a veces” como vibrante múltiple, y añadía que esa articulación “es también fenómeno mexicano”².

Posteriormente, Joseph H. Matluck indicó que la -r final de sílaba se articulaba en el habla de “algunas personas... como rr vibrante múltiple [*ver̄de, cuer̄po*]” aunque se apresuraba a precisar que tal pronunciación “era rara”³. En su opinión, la articulación más común de -r final era la de una vibrante sencilla sonora (*verde, carne*), aunque también

¹ Cf. CHARLES C. MARDEN, *The phonology of the Spanish dialect of Mexico City*, Baltimore, 1896. Cito por la traducción española incluida en el t. IV de la *BDH*, págs. 87-187; v. § 63, pág. 152.

² Cf. sus *Estudios sobre el español de Nuevo Méjico*, Buenos Aires, 1930 (*BDH*, I), § 110, pág. 142.

³ Cf. J. MATLUCK, *La pronunciación en el español del Valle de México*, México, 1951; v. § 135.

recogía la modalidad fricativa (*veade*) y la ensordecida ante consonante sorda (*cuerpo*).

Un año después, Bertil Malmberg publicó un breve artículo⁴ en el que se limitaba a consignar la existencia de una *-r* final absoluta vibrante múltiple en el habla de un informante mexicano, quien nunca articulaba la *-r* en esa posición como vibrante simple.

En 1963, volvió Malmberg a ocuparse del fenómeno, adoptando ahora una posición crítica más avanzada y comprometida, ya que situaba esta peculiar articulación mexicana dentro de una teoría general de los sustratos amerindios del español⁵. Juzga ahora Malmberg que la *-r* final mexicana es normalmente una articulación vibrante múltiple⁶ ("el mejicano utiliza la misma variante fuerte [r̄] en posición final y en posición inicial", pág. 124), cosa que armoniza con el hecho de que se realice a menudo como asibilada, "lo que es la prueba definitiva de su carácter fuerte", que considera Malmberg enteramente acorde con el tipo de consonantismo mexicano, "caracterizado por la fuerza de las consonantes finales, de sílaba y de palabra" (pág. 123). Y acaba por afirmar que esa *-r̄* vibrante de México se debe indudablemente a la influencia del sustrato nahua: "No cabe duda de que se trata de un fenómeno de influencia indígena (sustrato azteca), una supervivencia de una tradición india que es tan sólo el aspecto lingüístico (fonético) de un fe-

⁴ *Le r final en espagnol méxicain*, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, III (Madrid, 1952), págs. 131-134.

⁵ Cf. *Tradición hispánica e influencia indígena en la fonética hispanoamericana*, en el vol. *Presente y futuro de la lengua española: Actas de la Asamblea de Filología del I Congreso de Instituciones Hispánicas (1963)*, t. II, Madrid, 1964, págs. 227-243. — Tanto este artículo como el citado en la nota anterior han sido recogidos en el libro del mismo B. MALMBERG, *Estudios de fonética hispánica*, Madrid, 1965, págs. 79-83 y 99-126, por el cual haré siempre mis citas y referencias.

⁶ Afirmación que no sorprenderá demasiado si se toma en cuenta que el informante único utilizado por Malmberg en su primer estudio articulaba siempre una *-r* múltiple: "No he tenido, en las frases grabadas, ejemplos de una *-r* final de palabra pronunciada con una sola vibración" (pág. 82). Lo que cabe poner en tela de juicio es la idoneidad del informante, si nos atenemos a los resultados que he obtenido en mis encuestas (cf. *infra*).

nómeno mucho más general, perceptible de diferentes maneras en la vida de la nación mejicana" (pág. 124).

De aceptarse esta explicación, nos hallaríamos ante un nuevo caso de influencia fonética nahua sobre el español mexicano, paralelo a otros fenómenos fónicos peculiares del habla mexicana, que tienen origen indígena: *ɣ* (*mixiote*), *ʃ* (*Tepotzotlán*, donde *tz* = *ʃ*), *tl* agrupadas (*tlapalería*, *ix-tle*). Sin embargo, temo que la hipótesis de Malmberg no sea enteramente aceptable. Reconozco que me resulta violento discrepar de una opinión expresada por persona tan sagaz y autorizada como el profesor Malmberg, quien, por otra parte, no podría ser acusado precisamente de ingenuidad en las cuestiones referentes a la influencia de los sustratos. Nadie más prudente ni cauto que él cuando se trata de aceptar cualquier explicación basada en la posible interferencia del sustrato. Su posición a este respecto y sus puntos de vista son sumamente inteligentes y meditados⁷. Por todo ello, me resulta doblemente espinoso disentir de su opinión. Pero creo que esa articulación de la *-r* final, en la medida en que exista en México, no tiene por qué explicarse como un caso de influencia nahua. Y ello por diversas razones:

I. Considera Malmberg que "en la opción entre la variante fuerte y la variante débil de la *-r* en fin de sílaba, el mejicano prefiere la fuerte, mientras que en las demás áreas la débil es la realización natural" (pág. 124). Es decir, que la articulación más común, la articulación normal de la *-r* final en mexicano sería la vibrante múltiple, y que en esta decidida preferencia radicaría la peculiaridad del español mexicano frente a los demás dialectos hispánicos.

Pero temo que esa preferencia que el profesor Malmberg considera cierta no responda a la realidad del español hablado

⁷ Cf., por ejemplo, sus luminosos estudios sobre *L'espagnol dans le Nouveau Monde*, en *Studia Linguistica*, I (1947), 79-116 y II (1948), págs. 39-74; *L'extension du castillan et le problème des substrats*, en *Actes du Colloque International de Civilisations, Littératures et Langues Romanes*, Bucarest, 1959, págs. 249-260; y *Linguistique ibérique et ibéro-romane*, en *Studia Linguistica*, XV (1961), págs. 57-113.

en la ciudad de México. He analizado con algún detenimiento — auxiliado con grabaciones en cintas magnetofónicas de conversaciones espontáneas — el habla de doce informantes nacidos o radicados desde antiguo en el Distrito Federal, y he obtenido los siguientes resultados:

A) En cuatro de esos hablantes, no he podido apreciar ninguna particularidad en lo que a la articulación de la *-r* se refiere. Sus *r*, finales de palabra o de sílaba, son similares a la de cualquier hablante castellano: normalmente, fricativas, relajadas (*porque*, *tercero*, *decir*), y otras veces, oclusivas, vibrantes, pero de una sola vibración (*Jorge*, *acabar la tarde*).

B) En otros cinco informantes, la articulación normal de *-r* simple fricativa (sorda o sonora: *perder*, *acuerdas*, *porque*) alterna libremente con una articulación oclusiva, tensa, pero también de vibración única (*orden*, *equilibrar*) y, ocasionalmente, con algunas articulaciones especiales algo más particulares: a) Tres de estos informantes (núms. 5, 6 y 7) pronuncian a veces una *r* asibilada; el núm. 5 asibila exclusivamente la *r* final absoluta ante pausa (*leer*, *vivir*, *preparar*); los núms. 6 y 7 asibilan asimismo la *-r* final absoluta (*flor*, *hacer*), alargándola a veces mucho (*militar*) y ensordeciéndola con frecuencia (*salir*), pero también asibilan en algunos casos la *r̄*- inicial de sílaba (*r̄ico*, *r̄ebueno*) y aun la *-r* final de sílaba interior, aunque todavía en menor proporción (*carta*). b) Los otros dos informantes de este grupo (núms. 8 y 9), además de todas estas variantes, realizan muy ocasionalmente una *-r* final vibrante múltiple (doble): el núm. 8, sólo dos veces (ante pausa) en un total de más de 50 casos; el núm. 9, solamente tres veces, dos de ellas ante pausa (*derta*) y otra en interior de palabra (*Carlos*), también en un total aproximado de 50 casos. En resumen, estos cinco informantes suelen articular una *-r* final vibrante simple (oclusiva o fricativa); a veces asibilan la *-r* (o *-r̄*) final, especialmente ante pausa, y sólo dos de ellos articulan, ocasionalmente, una *-r̄* vibrante múltiple.

C) Los tres informantes restantes (núms. 10, 11 y 12) sí pronuncian esa \bar{r} múltiple con cierta regularidad, aunque predomina también en ellos, ampliamente, la realización simple, ya sea claramente vibrante, tensa, ya sea fricativa. En dos de ellos la \bar{r} final múltiple se produce sobre todo en posición final absoluta, pero en el núm. 12 es tan frecuente en esa posición como en final de sílaba interior de palabra (*goṛdito*, *coṛtando*, *infoṛmaba*).

A la vista de estos datos no resulta posible considerar que los hablantes mexicanos prefieran la variante fuerte (múltiple) de la $-r$ ni mucho menos. De acuerdo con los materiales por mí reunidos⁸, la $-r$ simple (vibrante o fricativa, sonora o ensordecida) aparece, en México, en un 75 por ciento de los casos aproximadamente; las variantes asibiladas, en un 13 por ciento; y las vibrantes múltiples, en un 12 por ciento tan sólo. Aunque estas proporciones pudieran alterarse un tanto si se analizase el habla de un mayor número de mexicanos, no creo que cambiaran hasta el grado de otorgar a las realizaciones múltiples de \bar{r} el primer puesto.

Con el fin de completar mis propias observaciones, he consultado todos los estudios sobre fonética dialectal mexicana que se han hecho durante los últimos años en México, y he podido observar que las anotaciones en ellos contenidas no difieren, básicamente, de las mías propias. Estrella Cortichs, en su estudio de 1951 sobre el habla de Tepotzotlán⁹, población muy próxima a la capital del país y en donde el sustrato nahua podría tener mucha mayor vitalidad que en la urbe, no alude siquiera a la articulación múltiple de $-r$. Las realizaciones registradas en esa localidad son las siguientes: a) Normalmente, como $[r]$ vibrante, sobre todo en posición intervocálica: *era*. b) También con mucha frecuencia, como fricativa sonora $[ʀ]$, especialmente en posición final de palabra (*cololʀ*), al fin de sílaba interior (*baʀ*

⁸ Que considero, desde luego, insuficientes para determinar porcentajes rigurosos y exactos, pero que sí creo que pueden proporcionar una idea general, aproximada a la situación real del habla mexicana en 1966.

⁹ E. CORTICHS DE MORA, *El habla de Tepotzotlán*, México, 1951, págs. 37-38.

són), y también en posición intervocálica (*to.ɔ*); la *-r* de los infinitivos seguida de *l* suele relajarse mucho y aun llega a desaparecer: *manda'le, manda'le*. c) "Algo asibilada" y ensordecida en los grupos *tr, dr*: *t̪̺ato, pond̪̺é*.

Algo más compleja es la situación que refleja el estudio de J. H. Matluck sobre el español del Valle de México (v. nota 3), en el cual se recogen las siguientes articulaciones: A) de *-r* final de sílaba interior hay cuatro realizaciones: a) normalmente, como vibrante sencilla sonora [r]: *verde, carne*; b) relajada, como fricativa sonora [ɹ]: *veɹde*; c) ensordecida, ante consonante sorda [r̥]: *cueɹpo*; y d) como \bar{r} múltiple, aunque "es raro": *vērde*. Advierte, además, Matluck que no halla esa realización vibrante múltiple ni ante *l* ni ante *n* (v. § 139 bis), y que nunca aparece asibilada. B) *-r* final absoluta: a) la pronunciación más común es como fricativa sorda [ɹ̥]: *canta̺*; además, aparece como: b) vibrante sorda (*beber̺*); c) fricativa sonora (*calo.ɹ*); y d) vibrante simple (*mejor*), pero no se registra nunca la articulación múltiple. C) Sólo recoge casos muy aislados de asibilación tras *t* — como sorda — [t̪̺] y tras *d* — como sonora — [d̪̺].

La situación que Matluck hallaba en el habla del Distrito Federal en 1950 es fundamentalmente la misma que yo he creído encontrar en la ciudad de México en 1966, con sólo dos diferencias de alguna importancia: en primer lugar, las articulaciones asibiladas parecen ser bastante más frecuentes ahora, y, en segundo lugar, la articulación de *-r* final absoluta como vibrante múltiple — que Matluck no encontraba entonces — sí se produce ahora, y con mayor frecuencia — creo — que cuando la *-r* es final de sílaba interior de palabra. Del progreso durante los últimos años de las realizaciones asibiladas y vibrantes múltiples obtuvimos pruebas mediante las encuestas que, dirigidas por Manuel Alvar, realizamos en 1965 en diversas localidades del altiplano. En una de ellas, hecha en el pueblo de Ajusco, casi aledaño a la ciudad de México, encontramos las variantes

siguientes, que Alvar ha estudiado en un artículo de próxima publicación¹⁰. Además de la articulación [r] normal castellana, A) la -r implosiva (final de sílaba o final absoluta) puede ser: a) relajada (*toutilla*) o b) vibrante múltiple (*toutilla, matau*). B) Por su parte, la \bar{r} puede ser también: a) asibilada (*řama*), b) asibilada relajada (*caune*), y c) fricativa relajada ensordecida (*řosa*). Creo conveniente consignar que todas las encuestas que dirigió el profesor Alvar se hicieron con un cuestionario escrito, procedimiento que, necesariamente, predispone al informante y le obliga a adoptar una actitud de esmero y énfasis en su habla; después volveremos sobre esto.

Peter Boyd-Bowman publicó en 1960 un estudio sobre el español de Guanajuato —ciudad situada también en la altiplanicie mexicana—, que había realizado en 1948 fundamentalmente¹¹. La situación que allí descubriría era, en esencia, la siguiente: A) la -r- intervocálica es siempre vibrante apicoalveolar sencilla: *caro*. B) la -r final de palabra se hace fricativa, por lo general sorda, en el habla de algunas personas [ɹ̥]. C). La -r de los infinitivos seguida de *l* se elimina en el habla de algunas personas incultas (*decíle*). “Por lo demás, la *r* ni se pierde ni sufre alteración ninguna” (pág. 78). No obstante, en su segunda visita a Guanajuato, halla Boyd-Bowman dos novedades: 1) la articulación de \bar{r} como fricativa sonora (*řatón*), y 2) la variante asibilada [ř] de \bar{r} (*řey*), de -r final de palabra, y del grupo *tr*. Pero no repara en ningún caso de articulación vibrante múltiple de -r.

Más recientemente, Lourdes Bertha Acosta ha estudiado el habla de una población del altiplano, donde el sustrato indígena podría ser todavía muy fuerte, ya que se trata más

¹⁰ Cf. M. ALVAR, *Polimorfismo y otros aspectos fonéticos en el habla de Santo Tomás Ajusco, México*, § 20. (Se publicará en el t. VI del *Anuario de Letras* de la Universidad Nacional de México).

¹¹ P. BOYD-BOWMAN, *El habla de Guanajuato*, México, 1960: v. §§ 46 y 48. — A los datos reunidos en 1948, añadió también las noticias recogidas durante una segunda visita a la ciudad, realizada en 1952.

bien de un adstrato enteramente vivo¹². Aunque las observaciones fonéticas que hace no son muy pormenorizadas, puede deducirse de su exposición que las únicas articulaciones importantes, destacables, de la *r* son: a) la apicoalveolar vibrante simple sonora, y b) la "ligeramente asibilada" [ʃ], sólo en posición final absoluta: *doloʃ*. Advierte, además, que la *-r* no se pierde nunca al final de la palabra.

Más precisa es la descripción que proporciona Laura Argüello Burunat en su estudio del español hablado en Azompa, población ya bastante alejada de la capital federal, pero situada en territorios geográficamente semejantes a los de la altiplanicie mexicana, y en una región en donde las lenguas indígenas tienen aún bastante vitalidad¹³. La situación de la /r/ aquí es la siguiente: A) En posición intervocálica, es una vibrante simple que tiende a hacerse fricativa [ʃ]. B) Al fin de sílaba anterior se debilita (*he'mano*) y a veces llega a desaparecer (*ho'no*); esta desaparición es normal en los infinitivos seguidos de *l* (*ve'la, compra'lo*). C) Al final de palabra, y sobre todo ante pausa, se pierde también con mucha frecuencia, especialmente en los infinitivos (*mori|, agarrá el arado*). D) La variante asibilada sorda se produce sólo en el caso de *r̄*- (*ʃisa, pe'ʃo*) y de *r* agrupada, generalmente con *t, p, k*, (*lé'rra*). E) Sólo en un caso encuentra *-r* final de sílaba con articulación múltiple: en la palabra *soʃprender*, que además presenta las formas *so|prender* y *sosprender*.

También al Estado de Oaxaca, pero ya a la región de tierras bajas próximas al Golfo de México, pertenece la población de Tuxtepec, que ha sido objeto de un estudio por parte de Gloria Ruiz de Bravo¹⁴. En esta localidad, las realizaciones de /r/ son: A) En posición final absoluta: a) nor-

¹² Cf. *Algunos aspectos del habla de Zacapoaxtla, Estado de Puebla, México*, 1963, v. pág. 33.

¹³ *El habla de Santa María Azompa, Estado de Oaxaca, México*, 1965, págs. 81-83. — Se trata, como en el caso anterior, de la tesis presentada en la Universidad de México para obtener el grado académico correspondiente.

¹⁴ Cf. GLORIA RUIZ DE BRAVO AHUJA, *Contribución al estudio del habla de Tuxtepec, Oaxaca, México*, 1967, págs. 100-103.

malmente es fricativa y muy relajada (*escoge^r*); b) también con mucha frecuencia es fricativa sorda (*llora^r*); c) en el habla inculta, algunas veces — pocas — se elimina (*suponé^r*), o d) se aspira (*mori^r*). B) Ante *l* o *n*: a) es muy relajada (*come^rlas*), y b) en el habla rural, la *-r* de los infinitivos suele desaparecer (*tene^rlo*). No registra casos de \bar{r} vibrante múltiple.

Finalmente, en la investigación que hizo Raúl Avila sobre el habla de Tamazunchale encontramos datos bastante precisos sobre la articulación de la */r/* en una zona de fuerte raíz indígena¹⁵. En ella se advierte una situación de polimorfismo fonético, común en otras localidades de México¹⁶: A) la *-r* final absoluta ante pausa puede ser: a) fricativa ensordecida (*dormi^r*), articulación predominante en la zona; b) vibrante simple sorda [*r*]; c) vibrante múltiple ensordecida [\bar{r}] aunque esto “con menos frecuencia”; d) excepcionalmente¹⁷, vibrante múltiple sonora [\bar{r}]; e) asibilada [*ʃ*]; y f) fricativa sonora [*ʎ*]. B) La *-r* final de sílaba interior se articula como: a) fricativa (“lo más frecuente”): *sa^rmoso*; b) fricativa sorda: *mue^rtos*; c) fricativa alargada [múltiple]: *pe^rsi^rgo*; d) en ciertas situaciones, vibrante múltiple, especialmente ante *n*: *ca^rne*; e) ante *l*, se articula como fricativa [*ʎl*], se asimila [*ʎl*] o desaparece [*matálo*]. C) En el grupo *tr*: a) normalmente se conserva como vibrante sonora: *tres*; b) a veces se asibila (*t^ʎ* o *t^ʃ*): *cuat^ʎro*; y c) a veces se hace fricativa sorda (*t^ʃ*). D) La \bar{r} se articula normalmente como vibrante sonora múltiple, aunque un solo informante la asibilaba [\bar{r}] y cuatro hablantes de nivel rural la pronunciaban como velar.

En resumen, las investigaciones realizadas últimamente en diversas zonas de México no muestran preferencia alguna por la articulación vibrante múltiple de *-r* implosiva. Existe,

¹⁵ R. AVILA SÁNCHEZ, *Aspectos fonéticos y léxicos del español hablado en Tamazunchale, San Luis Potosí, México, 1967*, págs. 87-92.

¹⁶ Cf. el estudio de M. ALVAR citado en la nota 10.

¹⁷ Cf. nota 121: “En el habla enfática recogí, aunque rara vez, ejemplos de *r* final vibrante múltiple sonora, ante pausa: *empesa^r, se^r*”.

pues, sólo como variante ocasional, que alterna libremente con *r, ɹ, r̄, ɹ̄, r̄̄* y *r̄̄̄* (*r̄̄̄*). La situación es, por lo tanto, de evidente polimorfismo, como sucede, en México, en otros tantos casos¹⁸.

II. Tampoco parece enteramente aceptable la suposición de Malmberg, según la cual “el mejicano utiliza la misma variante fuerte en posición final y en posición inicial”. De acuerdo con los materiales que he reunido¹⁹, cuando se produce una *-r̄* final múltiple (12 por ciento de los casos aproximadamente), suele ésta ser doble, y sólo de cuando en cuando se articula con tres o cuatro vibraciones apicales, que es la articulación normal de la *r̄*- inicial de sílaba.

Ahora bien, la *-r̄* final doble aparece en varios dialectos del español hablados en territorios de sustrato muy diferente del nahua, y aun en la Península Ibérica, como el propio Malmberg observa. Ya Tomás Navarro indicaba que era relativamente frecuente, sobre todo en pronunciación enfática, el reforzamiento de la *-r* final de sílaba en algunas zonas ibéricas: “dicho reforzamiento se observa en especial entre salmantinos, zamoranos y leoneses”²⁰. También S. Gili Gaya ha encontrado esa pronunciación “doble” en la Península Ibérica, “sobre todo en Castilla la Vieja”²¹. Pronunciación que también el profesor Malmberg documentó ampliamente en la Argentina²², relacionándola con la ya apuntada por Navarro, Gili Gaya y también por Amado Alonso y R. Lida

¹⁸ Además del artículo de M. ALVAR citado en la nota 10, véase, para lo referente a las diversas articulaciones de /y/, mi estudio *Sobre el rehilamiento de ll/y en México*, que aparecerá en el t. VI del *Anuario de Letras* de la Universidad de México.

¹⁹ Materiales que coinciden básicamente, como acabamos de ver, con los recogidos en los restantes estudios sobre el habla del altiplano, obras de Matluck, Alvar y Boyd-Bowman.

²⁰ Cf. su *Manual de pronunciación española*, § 115. — V. también, del mismo TOMÁS NAVARRO, *Diferencias de duración entre las consonantes españolas*, en *RFE*, V (1918), págs. 385-388.

²¹ Cf. su artículo sobre *La r simple en la pronunciación española*, en *RFE*, VIII (1921), págs. 271-280; v. en especial la pág. 276.

²² Cf. sus *Études sur la phonétique de l'espagnol parlé en Argentine*, Lund, 1950, pág. 127, 129 y 131.

(BDH, VI, págs. 293-294), quienes aluden a “la pronunciación con dos o más vibraciones (*dolor̄, callar̄*)” como articulación “más propia de Castilla la Vieja, aunque no falta en Castilla la Nueva”.

No parece haber, pues, diferencia fundamental, en lo que se refiere a la articulación de la -r final, entre el habla de México y la de otras regiones hispánicas. Si en la pronunciación mexicana la realización de -r como vibrante múltiple fuera, en efecto, más frecuente que en otras regiones hispánicas, tal vez ello podría considerarse como simple desarrollo o intensificación de un fenómeno fonético hispánico, y no como efecto de la influencia del sustrato²³.

III. Observa Gili Gaya (*art. cit.* en la nota 21) que, en Castilla, la articulación múltiple de la -r implosiva se produce sobre todo “por pronunciación enfática”, explicación que Malmberg acepta como convincente (pág. 81), pero que —piensa— no debe hacerse extensiva al español mexicano, por cuanto que en su informante la articulación múltiple era la pronunciación regular, normal, y porque tendía a ensordecirse: “Este ensordecimiento, así como la regularidad de la pronunciación ‘doble’ en mi sujeto, nos impiden, a mi juicio, ver en el fenómeno estudiado únicamente un hecho de énfasis” (pág. 82).

Además de todo lo dicho hasta ahora sobre mi propia experiencia de la articulación mexicana de -r, considero que conviene tener en cuenta — para dilucidar el punto particular que ahora nos ocupa — las circunstancias siguientes:

De todas las investigaciones sobre el español mexicano antes citadas, es precisamente en la dirigida por Manuel Alvar (v. nota 10) en la que con mayor regularidad — en más

²³ Tengo la impresión de que en el español de algunas regiones de América se están desarrollando con mayor libertad y rapidez algunas ‘tendencias’ evolutivas propias de la lengua española, como consecuencia de la situación general característica del español americano como lengua básicamente coloquial, situada en la periferia y dejada prácticamente en libertad, sólo con una débil reacción culta en algunos centros virreinales. A ello he aludido en la comunicación presentada ante el XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románicas (Madrid, 1-9 septiembre de 1965), sobre *La reducción del paradigma verbal en el español de México*.

alto porcentaje — se registra el fenómeno de la reduplicación de *-r* final. Ahora bien, se da la circunstancia de que todas las encuestas realizadas por Alvar se hicieron de acuerdo con un cuestionario léxico previamente preparado para ello. Pudimos entonces comprobar, una vez más y sin dejar lugar a dudas, que en tales casos — esto es, cuando los sujetos entrevistados eran sometidos a un interrogatorio dirigido por un cuestionario fijo — adoptaban todos ellos casi invariablemente una actitud precavida y atenta, que les empujaba en no pocos casos a la afectación. Su habla dejaba de ser espontánea y se convertía no sólo en cuidada y 'cultista', sino muchas veces en enfática y esmeradísima²⁴. Pues bien, es precisamente en esos informantes sometidos al interrogatorio formal que imponen los cuestionarios, en los que con mayor frecuencia aparece la articulación de *-r* como vibrante múltiple.

Por otra parte, también en el estudio de Raúl Avila se menciona este tipo de pronunciación múltiple con mayor frecuencia que en las restantes investigaciones (cf. *supra*). Según este investigador, la \bar{r} múltiple se observa sólo en tres situaciones: 1) en posición final absoluta ante pausa, como articulación ensordecida: *come \bar{r}*], aunque no con mucha frecuencia; 2) en idéntica posición, la variante sonora (*empezar \bar{r}*), pero sólo en el habla esmerada²⁵; y 3) en posición

²⁴ Cosa enteramente lógica y natural. No es nada cómodo situarse ante un grupo de personas desconocidas que, lápiz en ristre y cuestionario impreso sobre las rodillas, le hacen a uno pregunta tras pregunta en tono más o menos inquisitivo. Una investigación hecha con cuestionario predispone al informante y le lleva a adoptar una actitud vigilante y enfatizadora en sus respuestas. Por ello en todas las investigaciones que estamos realizando en el Seminario de Dialectología, especialmente en las de finalidad fonética, procuramos trabajar siempre con materiales recogidos de boca de nuestros informantes de la manera más natural posible, utilizando a lo sumo (cuando se trata de establecer porcentajes aproximados o de registrar formas complejas) grabaciones en cintas magnetofónicas hechas en las condiciones más favorables (de ambiente, temas, situación, etc.) para el informador. Sólo así nos parece que trabajamos con materiales válidos, trasunto de la realidad lingüística viva.

²⁵ Cf. su nota 121: "En el habla enfática recogí, aunque rara vez, ejemplos de \bar{r} final vibrante múltiple sonora, ante pausa".

final de sílaba interior, ante *n*, pero precisamente “en encuestas con cuestionario” (pág. 89).

Mis observaciones coinciden básicamente con todo esto. En la ciudad de México, la *-r* final vibrante múltiple se oye sobre todo en situaciones lingüísticas de particular esmero o afectación: en discursos, en conferencias, en declamaciones teatrales, en actitudes formales, entre locutores de radio²⁶, etc. No quiero decir, con esto, que en el habla mexicana la *-r* final múltiple aparezca exclusivamente por efecto del énfasis, pero sí que esta variedad de *-r* es más frecuente y mucho más notable, más perceptible, en situaciones que predisponen en favor del habla enfática. En tales situaciones no es excesivamente raro oír articulaciones de la *-d* final de palabra como oclusiva sorda (implosiva): *piēdat*, *verēdat*.

IV. Relaciona íntimamente Malmberg esa articulación múltiple de la *-r* final con la pronunciación asibilada de la *-r* en igual posición y de la *r* inicial o intervocálica, y ve en ello una prueba más del carácter fuerte de la *r* mexicana, consecuencia —supone— de la influencia indígena: “Me ha llamado también la atención la tendencia a producir esa *-r* como ‘asibilada’ de la misma manera que las otras *r* dobles de la lengua (*r*- inicial y *-rr*- intervocálica), lo que confirma el carácter fonológico de esta diferencia entre el mejicano y otras hablas españolas”²⁷.

No sé hasta qué punto podría pensarse que la asibilación de *-r* final (y de *r* inicial de palabra o de sílaba) favorezca la hipótesis de una influencia nahua en el consonantismo mexicano. Me permitiré hacer algunas observaciones:

²⁶ El habla de los locutores de radio o televisión suele ser —en México al menos— particularmente afectada y ‘especial’; no faltan quienes pretenden establecer una distinción entre *b/v*, y alteran inclusive la estructura sintáctica de la lengua, en busca de novedades o de exquisitices expresivas.

²⁷ *La estructura silábica del español mexicano*, incluido también en el libro *Estudios de fonética hispánica*, págs. 85-92; v. pág. 87. (Es traducción española del original francés publicado primeramente en *Zeitschrift für Phonetik*, XVII (1964), págs. 251-255). Y añade: “En mejicano la *-s* final y preconsonántica es fuerte, e igualmente la *-r* (de ahí su tendencia a asibilarse de la misma manera que *r*- y *-rr*-)”.

1) La asibilación de /r/ es en México un fenómeno reciente. En efecto, cuando, en 1948, hizo Boyd-Bowman sus investigaciones sobre el habla de Guanajuato (cf. nota 11), no halló asibilación alguna, ni de *r* ni de \bar{r} . Sólo en 1952, al volver a la ciudad, se encontró con la novedad de la asibilación incipiente de *rr*, de *-r* final ante pausa, y del grupo *tr*.

Como también he indicado en páginas anteriores, en 1950 tampoco Matluck encontró apenas casos de asibilación de *r* en el valle de México. Sólo pudo registrarla — pocas veces — en los grupos *tr* y *dr*²⁸. Tampoco yo, a mi llegada a México en 1951, reparé en ningún caso de \bar{r} o *r* asibiladas; sólo dos o tres años después advertí alguna vitalidad en ese tipo de articulación.

2) La asibilación de *r* me pareció, cuando reparé en ella, articulación propia del habla femenina. Y, aunque no investigué entonces el fenómeno, creía tener la impresión de que se producía, por lo general, en posición final absoluta ante pausa; mas no puedo asegurarlo. Quede apuntado como simple apreciación hipotética. Pero que fuera peculiaridad propia del habla de las mujeres, casi me atrevería a afirmarlo. Esta creencia coincide con las observaciones de otras personas: “En el habla de la ciudad de México he escuchado la asibilación — sonora o sorda — de la *-r* final, principalmente en el habla de las mujeres”, observa R. Avila²⁹. También Boyd-Bowman registró esa articulación exclusivamente en el habla femenina de Guanajuato³⁰; y, finalmente, el profesor

²⁸ Cf. los §§ 135 (la *-r* final de sílaba “nunca... se asibila”), 139 bis (La *-r* en los “grupos *rl*, *rn* nunca se cambia en \bar{r} ” ni se asibila), 140 (“la *r* en interior de sílaba tras consonante oclusiva sorda... Existe la asibilación de la *r*, pero es muy raro y ocurre sólo en el grupo *tr*: *t̃iste*”), y 141 (“tras consonante oclusiva sonora” se produce asibilación sonora “en pocos casos”: *port̃és*).

²⁹ Cf. *Aspectos del español hablado en Tamazunchale*, pág. 88, nota 122.

³⁰ Cf. *El habla de Guanajuato*, § 48: “En el verano de 1952, registramos en el habla de algunas mujeres dos tipos más, la alveolar fricativa sonora [ʁ] y la alveolar sonora claramente asibilada [ʁ̃]. Las mismas mujeres que asibilan la *rr*, asibilan de igual manera la *-r* final ante pausa

D. L. Canfield, en su estudio general sobre la fonética hispanoamericana³¹, tras suponer que el fenómeno de la asibilación de *r* y *r̄* en América pueda obedecer a influencias de inmigrantes peninsulares “norteños” (navarros y aragoneses), opina que puede deberse “probablemente a un rasgo innato del español a manera de o mujeril”. Y añade, refiriéndose concretamente a México: “Es esporádico entre mujeres mexicanas de la clase media o de la clase alta”³². Además, observa, “según testimonio fidedigno, que en Bogotá, por ejemplo, disminuye el efecto asibilado, y en la generación de 1960 se oye un poco menos”. De ser esto cierto, se podría pensar que se trataría de una ‘moda lingüística’ pasajera. Pero tal explicación parece demasiado simplista para un fenómeno tan extenso, al menos geográficamente.

3) La asibilación de *r* no es fenómeno exclusivo de México, sino que, por el contrario, se produce en otros dialectos hispánicos con mayor regularidad e intensidad — y desde mucho antes — que en México. Como es sabido, se ha registrado, en una u otra forma, en Navarra, La Rioja, Alava, Aragón, Andalucía y, fuera de España, en la Argentina, el Uruguay, Chile, Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Cuba, Puerto Rico, Nuevo México y California³³. Sabido es también que, en opinión de Amado Alonso, el fenómeno de la asibilación de la *r* en el grupo *tr* tiene raíz hispánica, tanto en la Península Ibérica cuanto en América, de manera que piensa que “hay que rechazar

(*¡qué calor!*). Pero tuvimos la impresión de que estas variantes no pasaban de ser propias de mujeres de las clases semiculta y culta” [y no precisamente de la clase popular, donde con mayor facilidad cabría imaginar la influencia del sustrato]. Además: “Final [la -r] y en el grupo *tr*, sólo asibilan la *r* las mismas personas que asibilan la *rr* múltiple” (§ 46).

³¹ DELOS LINCOLN CANFIELD. *La pronunciación del español en América*. Bogotá, 1962; cf. pág. 88.

³² Imagino que este último dato lo toma directamente de BOYD-BOWMAN. De ser así, tendría poco valor acumulativo, por tratarse de una información repetida, de segunda mano.

³³ Cf., por ejemplo, A. ALONSO, *La pronunciación de rr y de tr en España y América*, y *-r y -l en España y América*, ambos en su libro *Estudios lingüísticos: Temas hispanoamericanos*, págs. 151-195 y 263-331, respectivamente.

toda explicación de aportación indígena, por su generalización a todo el continente [americano]". Creo que la misma opinión puede hacerse extensiva a las demás posiciones³⁴; y eso es lo que hizo el propio Malmberg al situar el fenómeno de la asibilación dentro de las tendencias evolutivas propias del español: "Lo importante, y lo interesante para el problema que nos ocupa, es que las dos realizaciones de la *rr*, como asibilada y como uvular, se encuadran fácilmente en el sistema general de tendencias evolutivas hispánicas y románicas. La asibilación del grupo *tr* es más especial, pero es un fenómeno de asimilación banal"³⁵. De acuerdo con ello, y tomando en cuenta que la asibilación de *-r* final parece ser en otras regiones tan frecuente o más en posición final (especialmente de palabra) que en posición inicial³⁶, como sucede en México, no parece fácil admitir que la asibilación de *r* constituya en el español mexicano un caso especial, distinto, atribuible al sustrato nahua. Y así, de acuerdo con la prudente actitud adoptada en general por Malmberg ante los problemas de sustrato³⁷, podría concluirse que la asibilación de *r* en el español mexicano no contribuye a

³⁴ Como hemos visto, las personas que asibilan la *-rr-* suelen ser las mismas que asibilan también la *-r* final y la *r* del grupo *tr*; así lo observó también BOYD-BOWMAN (cf. nota 30), y así lo advierte LUIS FLÓREZ en Colombia: "Ordinariamente los mismos hablantes que asibilan la *rr*, asibilan también la *-r* final de palabra (sobre todo ante pausa), el grupo *tr*, y relajan en general toda *r* simple" (v. *La pronunciación del español en Bogotá*, Bogotá, 1951, pág. 233).

³⁵ Cf. *Tradición hispánica e influencia indígena*, pág. 119.

³⁶ Cf. A. ALONSO, *Estudios lingüísticos: Temas hispanoamericanos*, pág. 320: "En regiones argentinas donde no es muy fuerte la asibilación general de la *rr* (*río, corre*), suele serlo en cambio la de *-r*: *caloř*, por ejemplo, en Buenos Aires, con *ř* asibilada y continua".

³⁷ Por ejemplo: "Los cambios fonéticos que se encuadran en el sistema general de tendencias evolutivas y que, por ese mismo hecho, se encuentran a menudo también en otras regiones del dominio lingüístico, bajo la misma forma o bajo una forma estructuralmente comparable, o durante otras épocas de la historia del mismo idioma o familia de idiomas, son, en principio, efectos de las mismas tendencias generales. No sería buen método buscar para ellos una explicación de sustrato" (*Tradición hispánica e influencia indígena*, págs. 118-119).

probar el posible origen nahua de la variante múltiple final \bar{r} .

V. Supongo que, al establecer una relación íntima entre las articulaciones mexicanas de $-r$ (vibrante múltiple o asibilada) y la lengua náhuatl, debe de haber pesado en el ánimo del profesor Malmberg la consideración del estado sociocultural relativo del náhuatl y el castellano. Como es bien sabido, Malmberg sostiene —creo que con toda razón— que la interferencia de las lenguas de sustrato depende, no de una razón cuantitativa (número de hablantes), sino de razones históricas y culturales: “Les dialectes hispano-américains nous apprennent que la force du substrat indigène ne se trouve nullement en proportion directe avec le pourcentage des Indiens... Tout dépend de la situation sociale du pays, des rapports entre vaincus et vainqueurs, du niveau intellectuel des ces derniers, etc... Pour moi, le substrat est aussi une conséquence de faits culturels et, je l’ajoute, sociaux”³⁸. Pues bien, durante su paso por México, Malmberg no pudo dejar de reparar en “el acusado perfil indio” del actual pueblo mexicano, que la colonización española fue “incapaz de borrar”³⁹, y —sorprendido tal vez por ello— se sintió inclinado a revalorar la posible influencia lingüística indígena sobre el español: “Son conocidas la extensión y la importancia de estas lenguas [amerindias] todavía hoy en Méjico, país en alto grado bilingüe y en donde las lenguas indígenas, y con éstas la cultura india, desempeñan siempre un papel considerable en la vida del pueblo”⁴⁰. Y así, considera que la situación socio-lingüística de México es com-

³⁸ Cf. *L'espagnol dans le Nouveau Monde*, pág. [73].— V. además pág. [51]: “S’il y a une différence nette entre la situation linguistique du Chili et celle du Pérou, cette différence ne tient pas à des causes ethnologiques. Elle n’est pas une conséquence de la situation raciale et linguistique des populations indiennes lors de la conquête espagnole mais s’explique uniquement par les conditions entièrement différentes dans lesquelles la colonisation s’est déroulée dans les deux pays et par les différences de vie sociale, intellectuelle et administrative à l’époque coloniale”.— Cf. también págs. [40] y [70].

³⁹ Cf. *Tradición hispánica e influencia indígena*, pág. 124.

⁴⁰ *La estructura silábica del español mejicano*, en *Estudios de fonética hispánica*, pág. 90.

parable, al menos en parte, con la del Paraguay, y que las condiciones histórico-culturales que prevalecieron durante la época colonial en la Nueva España propiciaron la influencia de las lenguas indígenas sobre el español mexicano.

Pienso que tal vez esta interpretación del estado sociolingüístico de México no sea enteramente acorde con la realidad. No creo que la lengua náhuatl haya mantenido nunca, durante la época virreinal, el prestigio social y cultural que tuvo y sigue teniendo el guaraní en el Paraguay. Me parece que el mestizaje étnico (y aun cultural) evidente en México, no coincide exactamente con un correspondiente mestizaje lingüístico. El pleno bilingüismo característico del Paraguay no tiene paralelo directo con el estado idiomático de México. En mi opinión, la situación históricosocial y lingüística de la Nueva España se asemeja, más que a la del Paraguay, a la del Perú, el otro gran virreinato y espléndido centro cultural hispánico del Nuevo Mundo. Y así parecía considerarlo también el profesor Malmberg cuando escribió su luminoso estudio sobre *L'espagnol dans le Nouveau Monde*: "On sait que l'université de Mexico fut fondée quelques années auparavant (en 1553) [que la de Lima] et que le Mexique occupe en Amérique une place qui, au point de vue *de la langue et de la culture*, rappelle celle du Pérou. L'espagnol du plateau mexicain s'est conservé intact presque dans la même mesure qu'au Pérou" (pág. 40, nota 19)⁴¹. En cambio, no son pocas las peculiaridades sociolingüísticas que advierte Malmberg en el Paraguay y que considera, con justa razón, privativas del español paraguayo y, por consiguiente, divergentes del español mexicano. Por ejemplo: "J'ai expliqué cet état de choses [peculiaridades lingüísticas paraguayas] par le caractère plus ou moins savant de l'espagnol au Paraguay. Dans les situations intimes, dans les besognes de tous les jours — là où normalement les changements linguistiques commencent — le Paraguayen ne

⁴¹ Otras alusiones al paralelismo sociolingüístico existente entre México (la altiplanicie) y el Perú hace MALMBERG en las págs. 42, 43 y 59 del mismo estudio.

parle pas l'espagnol mais le guarani"⁴². Sólo en un caso, geográficamente limitado, podría establecerse un paralelo directo entre la situación sociolingüística del Paraguay y la de una región mexicana: en el caso de Yucatán, donde la lengua maya sigue manteniendo una situación de prestigio y de casi general empleo, muy distinta de la que ha tenido el náhuatl en la capital del país. En ello había reparado ya muy atinadamente el propio Malmberg: "Le Paraguay est loin d'être la seule région où des phénomènes analogues se soient produits. L'espagnol de certains territoires du Mexique (Yucatán) est caractérisé par un système consonantique qui ne s'explique pas par les tendances espagnoles..." (pág. 66). Pero que la situación histórico-lingüística de Yucatán sea enteramente distinta de la de México (capital y altiplanicie) es cosa obvia y ampliamente conocida. El bilingüismo de muchos de los yucatecos no tiene paralelo en México. Lo cual es una prueba más, aunque indirecta, de la divergencia sociolingüística que existe entre México y el Paraguay. El prestigio del náhuatl como lengua literaria y de cultura no es comparable al que posee el maya en Yucatán ni al que tiene el guaraní en el Paraguay, y por ello —de acuerdo con los principios del profesor Malmberg— no hay base firme para atribuir las peculiaridades lingüísticas del español mexicano a una lengua que, como el náhuatl, no goza de la difusión, prestigio sociocultural, y vitalidad de que disfrutaban el guaraní o el maya.

VI. Finalmente —aunque tal vez esta observación podría ser de importancia primaria— creo que la estructura del sistema fonológico de la propia lengua náhuatl no favorece tampoco la hipótesis de una influencia indígena en la 'peculiar' articulación mexicana de la -r final. Como es sabido, gran número de lenguas indoamericanas carecen por completo de fonemas vibrantes, simples o múltiples. No hay /r/ ni /r̄/ en náhuatl, como tampoco los hay en otomí ni en maya. En el náhuatl moderno aparece la r, pero sólo en voces

⁴² Cf. pág. 58. Véanse además las págs. 52, 56 y 59.

de procedencia hispánica; es interesante observar que en los primeros hispanismos de la lengua de los aztecas, la *r* de tales voces, al pasar al náhuatl, se solía sustituír por *l*, y aún se conserva así en dialectos nahuas. No parece fácil, pues, justificar el reforzamiento de la *-r* mexicana como resultado de la influencia indígena. Habría que explicar cómo pudo ejercerse ese reforzamiento partiendo de una realización inexistente (o confundida después con *l*) en el idioma del sustrato⁴³.

Atendiendo a todas estas circunstancias, me he atrevido a poner en duda una explicación particular, basada en la posible influencia del sustrato indoamericano, que está respaldada, no obstante, por la firme autoridad de un lingüista tan sabio y capaz como Bertil Malmberg. El ha situado esta cuestión particular dentro de una teoría general, de una visión panorámica de la posible influencia indígena en el español de los diversos países americanos. Yo me he limitado a observarla más de cerca, aislándola de otros hechos fonéticos que podrían tal vez explicarse — aunque lo dudo también en no pocos casos — por la misma causa de la interferencia lingüística. Quizá el distinto enfoque explique los diferentes resultados del análisis.

JUAN M. LOPE BLANCH.

Universidad Nacional de México.

⁴³ Podría pensarse que el reforzamiento de la *-r* se diera en náhuatl como consecuencia del proceso de adaptación de un fonema extraño a un sistema consonántico particularmente fuerte y tenso. Mas no parece ser éste tampoco el caso del náhuatl, cuya estructura silábica es menos consonántica que la de las lenguas romances; en náhuatl no existe ningún grupo consonántico integrado por más de dos fonemas, frente a las agrupaciones españolas *nstr* (*instruir*), *kʰspl* (*explorar*), *nskʰr* (*transcribir*), *mpl* (*ampliar*), *mbr* (*consumbre*), etc. — También puede ser interesante observar que en algunos dialectos nahuas contemporáneos existe una *r* simple como variante alofónica de */t/*, pero nunca *r̄*.